

El obstáculo epistemológico y la biblioteca

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

*Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas,
UNAM, México*

LA BIBLIOTECA NO NOS HA DEJADO PENSAR LA BIBLIOTECA

Enunciado así, el problema sobre el que gira la *reflexión* que se desarrolla en ésta ponencia puede sonar contradictorio sino es que incluso como una provocación. Pero esto comienza a clarificarse cuando nos fijamos en la grafía de la palabra biblioteca; en la primera está con minúscula, mientras que en la segunda con mayúscula. Se busca, pues, aludir a dos órdenes cognoscitivos distintos: la biblioteca expresa el espacio de lo empírico, mientras que la Biblioteca la esfera de lo abstracto. *Lo que estaría significando que la práctica empírica de la biblioteca no ha permitido la construcción abstracta de la Biblioteca. La razón de ello (y ése es el centro del problema que aquí se discierne) es que la dimensión empírica de la práctica bibliotecaria, tal como se ha desarrollado hasta ahora, se ha convertido en un obstáculo epistemológico para hacer la construcción teórica de la Biblioteca.*

Para darle respuesta a semejante problema es de inicio pertinente indicar los elementos conceptuales de los que se hace uso, para luego especificar su aplicación en el desenvolvimiento cognoscitivo del campo bibliotecológico. Los dos conceptos instrumentalizados en esta

reflexión son: *obstáculo epistemológico* y *representación social*. El primer concepto es el central y determinante, mientras que el segundo es un refuerzo complementario del otro. El concepto de obstáculo epistemológico fue enunciado y fundamentado por el gran epistemólogo francés Gaston Bachelard, por su parte el concepto de representación social ha sido reelaborado y redefinido por Jean-Claude Abric y su equipo de investigadores sociales.

Veamos resumidamente el concepto de obstáculo epistemológico que dentro de la epistemología constructivista de Bachelard tiene una posición y función estratégicas; es el eje y el pistón que impulsa el proceso cognoscitivo y que a su vez pone en acción al otro concepto paralelo de esta epistemología. la *ruptura epistemológica*. La ciencia, como explica Bachelard, avanza en sucesivas aproximaciones hacia el conocimiento de lo real, y cada aproximación es más compleja respecto de la anterior, lo que significa una mayor elaboración abstracta que ha de conducir a la integral construcción teórica del objeto de conocimiento, con lo que se lo despoja de sus últimas adherencias empíricas. En ese largo trayecto histórico-cognoscitivo la ciencia va dejando atrás su pasado precientífico para alcanzar la plena y completa cientificidad. Pero ese recorrido de la racionalidad científica para acceder a la abstracción y la íntegra construcción teórica ha de surcar su camino a través de obstáculos. Para Bachelard tales obstáculos son producto del despliegue de la racionalidad científica en el proceso de conocimiento; surgen dentro de ella. Cabe subrayar que para él un obstáculo epistemológico no es una dificultad o un vacío de conocimientos sino todo lo contrario: *una facilidad que se da el pensamiento debido al exceso de conocimientos acumulados en una ciencia*.

Conforme una ciencia se desarrolla genera en todos los órdenes una ingente cantidad de conocimientos que se van acumulando. Tal excedente de conocimientos sistematizados y perfectamente concatenados brinda un conocimiento acabado sobre las regularidades de los objetos de conocimiento de cada ciencia. Todos estos conocimientos creados y acumulados por la racionalidad científica se convierten en una base segura y cómoda a la que ella misma recurre para darles respuesta a las contingencias que se presentan en el proceso de conocimiento, que así ha dejado de ser problemático, ya no plantea problemas y se encamina por la vía

de lo ya plenamente conocido; con lo que el error es exorcizado del proceso de conocimiento. Por su parte los conceptos producidos se tornan estáticos, por no decir esclerosados, con lo que se estatuyen como una herramienta *ad hoc* para la seguridad y comodidad cognoscitiva, por lo que acaban impidiendo la creación de nuevos conceptos; esto es, conceptos dinámicos y críticos con mayor capacidad explicativa abstracta. Así el avance del conocimiento científico se torna más lento y hasta regresivo. Para decirlo drásticamente: la racionalidad científica se torna acomodaticia ante tanta facilidad. Y también puede agregarse que lo que profundiza esa situación acomodaticia de la racionalidad es la presencia en los conocimientos por ella generados a partir de lo empírico. El apego a la realidad inmediata y concreta ofrece el refugio de lo conocido de primera instancia, de lo tangible, y esto de una u otra forma se filtra en el conocimiento científico, con lo que el avance hacia la elaboración abstracta se ve detenido; a cambio lo empírico brinda el espejismo de lo seguro y fácil. Pero de este modo el obstáculo epistemológico se consolida y se torna más denso y difícil de remover. Por ello para removerlo se habrá de recurrir a la cirugía mayor de la ruptura epistemológica, lo que implicará romper con tal estado de cosas que presenta la ciencia en esa fase de aproximación a la realidad, y buscar un camino diferente.

Por su parte el concepto de representación social nos ofrece los elementos que nos permiten comprender cuáles son los canales que sigue toda esa cauda de elementos empíricos para filtrarse en el despliegue cognoscitivo de la ciencia. Jean-Claude Abric explica que las representaciones sociales son sistemas de interpretación de la realidad que determinan las relaciones de los individuos con su entorno tanto físico como social, lo que significa que condicionan sus comportamientos y sus prácticas. *Las representaciones vienen a ser así una guía para la acción: orientan las acciones y las relaciones sociales.* El material de que están constituidas las representaciones sociales es heterogéneo y de diversa procedencia empírica: conjunto de informaciones, de creencias, de opiniones y de actitudes en relación con un objeto dado. Asimismo cada representación se estructura a partir de un núcleo central y de elementos periféricos. El núcleo es el elemento fundamental puesto que determina la significación y la organización

de la representación. Mientras que los elementos periféricos se organizan alrededor del núcleo y por ello están en relación directa con él, su ponderación, su valor y su función están determinados por el núcleo. Son el lado más accesible, pero también lo más vivo y concreto del núcleo. Todos estos elementos están signados por estereotipos, creencias, etcétera, por lo que en conjunto la representación resulta un entramado de elementos cognoscitivos-sensorio-afectivos. La forma en que la representación social complementa o, más exactamente, refuerza el obstáculo epistemológico surge a partir de las representaciones que los productores del conocimiento científico hacen de su objeto de conocimiento, con lo cual introducen en el proceso de conocimiento toda una cauda de adherencias empíricas que conforman esas representaciones. Lo que hace las veces de guía para la acción de sus respectivas prácticas.

La bibliotecología iniciará su desenvolvimiento como ciencia en consonancia con la instauración de las bibliotecas públicas hacia mediados del siglo XIX en el mundo anglosajón, donde esta revolucionaria concepción de la biblioteca alcanzó su más alta definición. Lo cual incluso estuvo apoyado en una base de conocimientos que respondía al carácter y exigencia de ese tipo de bibliotecas. Al iniciar su desarrollo como ciencia, la racionalidad bibliotecológica que se gestaba en consonancia con ese desenvolvimiento quedó expuesta a producir sus propios obstáculos epistemológicos, así como sus representaciones. Veamos como se dio ese proceso primeramente en su despliegue histórico.

La biblioteca pública surge como respuesta a la dinámica de un contexto específico y en un momento histórico preciso: las sociedades anglosajonas inmersas en pleno desarrollo industrial. En esas sociedades las características del capitalismo industrial habían alcanzado su desarrollo extremo y más definitorio, por lo que a su conocimiento y al de la población industrial se les abrían nuevas vías sociales para su superación. Se trataba de una población que ante el panorama de nuevas oportunidades de diversa índole (laborales, educativas, culturales, lectura, etcétera) exigía el acceso a la información, que antes sólo había sido coto de grupos privilegiados. Las bibliotecas públicas serían la respuesta a esa solicitud, por lo que ese tipo de biblioteca nace signado

íntegramente para servir a la sociedad en su conjunto, que estaba demandando acceso de información.

En los Estados Unidos la fundación de la biblioteca pública estuvo acompañada de una notable generación de bibliotecarios que no sólo se dedicaron a organizar y administrar las bibliotecas públicas que tuvieron a su cargo, sino que también formularon la base inicial de conocimientos sobre la que se levantó el funcionamiento de tales bibliotecas. Esos conocimientos contaban con el fundamento y la sistematización cognoscitiva que hacían falta para cumplir con el objetivo de servicio de la manera más eficiente y funcional que requerían las bibliotecas públicas, en tanto que ese conocimiento tenía un claro y definido ascendiente empírico: un conocimiento empírico que había sido recubierto por una capa conceptual. Ciencia por lo mismo con un perfil aún precientífico porque predominaba lo empírico sobre la construcción abstracta. Sin embargo la *idea de servicio* como entidad definitoria y sustancial de la biblioteca quedaba así plenamente perfilada. Todo esto contribuirá a que sea el modelo de biblioteca pública el que de una u otra forma marque con su impronta la concepción y estructuración del conjunto de la diversidad bibliotecaria, así como la elaboración de los conocimientos por venir.

La actividad de los mencionados bibliotecarios estadounidenses, de los cuales el más conocido es Melvil Dewey (cuya obra es la síntesis de los aportes de esa generación de bibliotecarios en los diversos ámbitos en que desplegaron su actividad), se avocó a la expansión de la actividad bibliotecaria creando asociaciones, revistas y centros de enseñanza profesional de la disciplina biblioteconómica, disciplina que ellos a su vez estaban fundamentando.

Toda esa ingente variedad de prácticas dio como resultado la gestación del campo bibliotecológico, que así iniciaba su fase de constitución. Cada una de las diversas prácticas que en ese momento integraron el campo iniciaron su autodefinition, lo que significó que produjera los conocimientos que les eran propios, a la par de que con ello iniciaron su interacción mutua. Pero la base de esos conocimientos tenía como referente principal los que habían sido producidos por aquella generación de bibliotecarios estadounidenses que, a su vez, tenían como fundamento la biblioteca pública. Así, conforme se desarrolla la fase

de constitución del campo se configura posteriormente la práctica de investigación bibliotecológica, que viene a sistematizar y reforzar el revestimiento abstracto de los conocimientos empíricos, los cuales van incrementándose y acumulándose a lo largo y ancho del campo en el desarrollo de la fase de constitución. Este modelo del campo bibliotecológico en su fase de constitución, fundado en los Estados Unidos, fue exportado a diversas partes del mundo con más o menos fortuna dependiendo de las condiciones de cada país por lo que la adaptación de éstos dependió de sus propias condiciones.

Con el desenvolvimiento de la práctica de investigación se fue redefiniendo a su vez sistemáticamente la racionalidad bibliotecológica, la cual toma conciencia de sí misma en cuanto a su capacidad cognoscitiva de conjugar los conocimientos de las diversas prácticas del campo, y de este modo impulsa el desenvolvimiento de la fase de constitución. Pero cabe subrayarse que el conocimiento que genera esa racionalidad fue fuertemente tensionado por la directriz empírica.

La base de conocimientos que los bibliotecarios estadounidenses conformaron para sustentar las funciones de la biblioteca pública y que ésta cumpliera con su misión de servicio dentro del campo bibliotecológico, se ampliaron e incrementaron. Más aún se ramificaron y dieron lugar así a una multiplicidad de nuevos conocimientos (también como producto de la aparición de nuevos objetos de conocimiento), así como a prácticas inéditas, que a su vez aumentaron y acumularon el volumen de conocimiento durante la fase de constitución del campo. Pero en todo ese cúmulo de conocimientos y prácticas gravita la presencia de la biblioteca, cuyo referente de fondo y fundante es la biblioteca pública. Así, de una u otra forma la multiplicidad de conocimientos que indetenibles se amplían y acumulan se remiten a la biblioteca cuya base de sustentación funcional es empírica. Todos los caminos conducen a Roma. La biblioteca marca así con su impronta las pautas y la orientación cognoscitiva del campo; ella va por delante determinando los contenidos empíricos y el revestimiento abstracto de los conceptos. Todo este conocimiento acumulado una vez que el campo ha llegado al límite de su fase de constitución ha tornado extremadamente fácil su desenvolvimiento cognoscitivo. Ya no hay preguntas, y por ende no hay problemas, sólo respuestas. El tránsito por

zonas riesgosas donde pululan los problemas ha sido obturado, ahora sólo es posible aventurarse por la senda de las respuestas seguras y comprobadas.

Por otra parte a este incremento y acumulación de conocimiento que la racionalidad bibliotecológica produce hay que adicionarle lo que le va a aportar la representación. Como ya se dijo, los bibliotecarios estadounidenses que acompañaron el nacimiento de las bibliotecas públicas generaron la base de conocimientos sobre la que se sustenta este tipo de bibliotecas. Tales conocimientos están signados por el anclaje empírico de la realidad porque buscaban cumplir con lo que estimaban era una sustancial función de la biblioteca pública para la sociedad. Lo que redefinía la idea de servicio de la biblioteca en general, pero a su vez ello configuraría la representación de la biblioteca, cuyo núcleo sería lo que defino como la *voluntad de servicio*. Voluntarismo de servicio que ante los ojos de los miembros del campo se ha de llevar a cabo siempre bajo cualquier circunstancia, puesto que es la misión substancial y razón de ser de la biblioteca pública. Así pues, voluntarismo signado por toda clase de buenos sentimientos: creencias, opiniones, estereotipos, y toda la información cognoscitiva generada por y para este tipo de biblioteca inciden y conforman el núcleo de tal representación. Este núcleo se despliega para interactuar con los elementos periféricos que componen también la representación, como son los servicios específicos que ha de prestar la biblioteca: educativo, cultural, fomento de la lectura o, uno que era particularmente caro a los bibliotecarios fundadores estadounidenses, como sustento de la democracia; esto es, para fomentar y preservar los valores democráticos norteamericanos.

La voluntad de servicio como núcleo de la representación de la biblioteca pública se despliega con su carga cognitivo-sensorio-afectiva al prestar, por ejemplo, un servicio educativo o cultural, con lo cual guía la acción de los bibliotecarios socialmente: lo que significa acción empírica signada de afectividad; es el espíritu misional y salvacionista en acción. Este accionar empírico afectivo se integra al proceso de conocimiento emprendido por la racionalidad bibliotecológica y de este modo el gran volumen de conocimiento (capital de conocimiento) acumulado en el transcurso de la fase de constitución del campo bibliotecológico, queda aún mayormente infisionado con elementos

empíricos, de modo que el obstáculo epistemológico se torna más denso, lo que ahonda su carácter de ser una facilidad.

La racionalidad bibliotecológica ante ese gran volumen de conocimiento acumulado, imbricado por la representación, encuentra que el avance cognoscitivo se ha tornado fácil y sumamente cómodo. Los conceptos que en un principio tenían elasticidad explicativa gradualmente se han “endurecido”, y convertido en un armazón que justifica el accionar empírico, ya no se los expone al riesgo de buscar dar razón a fenómenos cambiantes y cada vez más complejos que la realidad postmoderna cada vez más acelerada produce; puesto que exigirían por lo mismo su cambio, su mutación para dar explicaciones más abstractas ante los objetos de conocimiento propios y definitorios del campo: lo cual implicaría de una u otra forma construir conceptos nuevos. Y la condición de posibilidad para que esa construcción conceptual se dé es que se lleve a cabo la ruptura epistemológica.

Así en el momento actual del campo bibliotecológico el conocimiento ha dejado de ser un avance del pensamiento surcado de problemas, los cuales son el estímulo y fuerza motriz para descubrir nuevas rutas, territorios ignotos en los que aguardan verdades de la realidad por desentrañar. En un horizonte cognoscitivo del que se han expulsado los problemas sólo queda la llanura de las facilidades que dan las respuestas ya hechas y codificadas adecuadas para dar solución a las contingencias que se presentan en el desenvolvimiento del conocimiento bibliotecológico. Los conceptos son herramientas seguras y confiables siempre a la mano, y que se utilizan para reparar las averías superficiales que ofrecen en algún momento los objetos de conocimiento bibliotecológicos.

Cada una de las prácticas del campo cuenta ya en este momento con una amplia base de conceptos, los cuales a cambio de la pérdida de elasticidad ofrecen las facilidades que permiten la reproducción y continuidad de un conocimiento seguro. La práctica de investigación sistematiza y consolida la amplia gama de conocimientos y conceptos generales en la multiplicidad de prácticas del campo bibliotecológico, y ofrece así un conocimiento plenamente codificado para fundamentar las funciones de la biblioteca; conocimiento que la propia inercia empírica de la biblioteca le impone previamente a la investigación.

Pero lo más interesante es que la abundancia acumulada en este panorama cognoscitivo que torna las cosas fáciles y seguras redundante en que el obstáculo epistemológico tenga correlato a nivel psicológico entre una gran parte de los miembros del campo. Por lo que ante sus ojos, en la esfera cotidiana de actividad del campo, las cosas funcionan bien, mejor que nunca. Esto es expresado con la opinión común y sintomática: “estamos bien”, “vamos bien”, lo cual es susceptible de ser traducido más cognoscitivamente como “estamos seguros, nada nos falta” o, “para seguir siendo eficientes en los servicios bibliotecarios no requerimos mayormente de la abstracción o de teorías: es más, eso puede acabar perturbando la eficiencia. Todo lo cual no ha impedido para que cumplamos de la mejor manera con nuestra misión de servicio”. Tales opiniones resultan el mejor índice para medir la extensión y densidad a que ha llegado el obstáculo epistemológico en el límite de la fase de constitución del campo bibliotecológico, o más exactamente, obstáculo epistemológico que ha sido crucial para conducir al campo al límite de la fase de constitución. En suma todo esto explica por qué la biblioteca no nos ha dejado pensar a la Biblioteca.

Si se es congruente con el enfoque seguido en ésta reflexión que fue una andadura problemática, entonces la respuesta al por qué la biblioteca se ha convertido en un obstáculo epistemológico que no nos deja construir teóricamente la Biblioteca, ha de convertirse a su vez en un problema de no fácil y cómoda respuesta. Este problema puede ser enunciado así: *¿cómo pensar la Biblioteca para configurar las bibliotecas?* Problemática abierta para una posterior reflexión, baste por el momento sólo señalar las vías de despliegue de esa posible reflexión.

Al haber propiciado el obstáculo epistemológico que el campo bibliotecológico llegara al límite de su fase de constitución, se hace a todas luces pertinente plantear (y llevar a cabo) la ruptura epistemológica. Lo que nos enfrentaría a cuestiones sobre la forma en cómo ello tendría que realizarse, y ello implicaría asumir plenamente la elaboración abstracta que permita la construcción de nuevos conceptos o, mejor aún, sistemas de conceptos que serían la base de una fundamentación teórica. Esto, por supuesto, redundaría en la construcción de conceptos y categorías que conduzcan a la construcción teórica de

la Biblioteca. A partir de la cual podrían diseñarse los modelos concretos y particulares propios de los diversos tipos de bibliotecas (nacionales, universitarias, públicas, etcétera). Todo ello habrá de contribuir a una posible reconfiguración de la representación de la biblioteca cuyo núcleo no sea ya la voluntad de servicio, sino la *racionalidad de servicio*. Tal construcción teórica de la Biblioteca podría por otra parte aportar los elementos base para, como es el caso de México, crear el Sistema Nacional de Bibliotecas. Cometido que fallidamente se asignó a la biblioteca José Vasconcelos, la cual en toda su concepción dejó en evidencia precisamente su carencia de respaldo cognoscitivo fundado y de largo alcance teórico.

José Ortega y Gasset en un luminoso aforismo perdido en el caudaloso río de su obra decía que: “la dialéctica es la obligación de seguir pensando”. Llevando agua a nuestro molino, lo que ese aforismo puede significar es que: *la bibliotecología debe ser una ciencia ante la cual se está obligado a pensar*. Esto es lo contrario a ser una ciencia sólo fundamentada técnicamente y que es fundamentadora de técnicas orientadas pragmáticamente. Pensar la bibliotecología es la senda que conduce a su instauración como un conocimiento plenamente científico. Por lo que la Biblioteca obliga a un pensar siempre en movimiento hacia lo abstracto, pero además es pensamiento dialéctico en marcha que ha conducir en el terreno práctico a una más sólida y mejor fundada construcción de las bibliotecas reales.